

por medio de grandes presas en los afluentes al vaso principal, la aplicación de los blindajes metálicos en los paramentos de las presas, ciertas generalidades atrevidas sobre la absorción de los terrenos y la escasa atención que se concede al tremendo problema de las grandes filtraciones á través de los terrenos, falseando quizás el concepto que merece esta parte de la cuestión. Este punto, así como el de la influencia de la detención de las turbias en el embalse y su nueva distribución según el sistema de limpias, por las cuales pueden utilizarse ó no los cienos y tarquines, son asuntos dignos de ocupar más la atención de un Ingeniero que revela los conocimientos del Sr. Torricelli.

Acostumbrados á la injusticia y al desdén con que nos tratan por lo general los autores extranjeros, debemos reconocernos deudores en este caso, no solamente del servicio prestado á la ciencia del Ingeniero, sino de la imparcialidad con que juzga los trabajos de los españoles. El Sr. Torricelli saca de nuestro país numerosos datos, la enseñanza de útiles ejemplos, y aprovecha para su proyecto fórmulas y aparatos de nuestros Ingenieros, como la del Sr. Boix sobre la evaporación, y el módulo del señor Ribera para toma en los canales.

Al encomiar y recomendar este libro por lo que puede influir en el adelanto de esta parte de la hidráulica práctica; no podemos menos de expresar una aspiración vivísima que nos sugiere su lectura. ¿Por qué no se había de hacer aquí algo análogo á lo que se ejecuta en Italia, en donde la Real Escuela de Ingenieros de Roma practica experimentos con las compuertas automóviles para presas de pantanos? ¿Por qué aquí, donde tan grandísima importancia tiene el empleo de los tarquines, no se había de experimentar el procedimiento de Calmels?

Gran bien será que nuestros Ingenieros dediquen á los importantes problemas prácticos de los riegos parte de su reconocida ciencia y actividad.

R. DE INCHAURRANDIETA.

MEMORIA SOBRE EL RENACIMIENTO,

POR

DON TEODOSIO ALONSO PESQUERA

INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS.

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE VALLADOLID.

(Continuación.)

Siguese desarrollando el nuevo estilo, ya con mayor desenvoltura y libertad y menores recuerdos góticos, en el *Hospital de Expositos de Toledo*,

hecho por el mismo Egas de orden de Isabel la Católica, como albacea del Cardenal Mendoza, y al propio tiempo levanta Salamanca la delicadísima fachada de su célebre *Universidad*, modelo de finura y ejecución, construyéndose en la misma ciudad el patio del *Colegio mayor del Arzobispo Fonseca* (1521), en el cual combina Ibarra, no sólo el gótico y el plateresco, sino también el grecorromano; el *Palacio de Monterrey*, la casa de *las Salinas*, la *puerta de Zamora*, una porción de fachadas, como la del Convento llamado de *las Dueñas*, la de *San Isidro*, la del *Colegio de Huérfanos*, la de *San Basilio* y la del *Colegio mayor de Cuenca*, obra de lo mejor en su género, y que, según Ponz (1), costó á D. Diego Ramírez de Villaseca la entonces respetable suma de 150.000 ducados. No menor actividad demuestran otras ciudades, y Diego Riaño construye en la Catedral de Sevilla la bellísima *Sacristía mayor*; Juan de Badajoz, el claustro de *San Zoil de Carrión*; Juan de Talavera y Esteban Beray, la *Colegiata de Calatajudo*; Doncel, la famosa fachada de *San Marcos de León*, y Rodrigo Gil Hontañón, hijo del célebre Juan Gil (1540), reconstruye con lujosa ostentación la *Universidad de Alcalá* (2); y, por último, las portadas de *las catedrales de Granada y Plasencia*, así como la de la *Presentación, en la de Toledo*; el *crucero de la de Burgos*, y la casa de los *Cardonas en Barcelona*, y la *carcel de Baeza*, y las *casas de Ayuntamiento de Barcelona, Sevilla y Jerez*, y los magníficos *palacios de los condes de Benavente en Baeza*, y del *Marqués de Santa Cruz en el Viso*, y de *Medinaceli en Cògolludo*, nos dan bien patente muestra del brillo de la arquitectura en esta época, así como de la rara habilidad de los Borgoñas, los Berruguetes y otros escultores, que no tuvo poca parte, por cierto, en el carácter que se dió á la misma.

Pero, en medio de tan febril entusiasmo plateresco, ni se olvidaba por completo la gótica arquitectura, sobre todo en los edificios religiosos, ni dejaba de preludearse la grecorromana, que había de sustituir á aquélla. En 1513 se pone la primera piedra de la *catedral nueva de Salamanca*, y á fe que con deseo del mejor acierto, pues al decir de Ponz (3), el plano de Juan Gil Hontañón se sometió al examen de Alonso de Covarrubias, arquitecto de la catedral de Toledo; Filipo, de la de Sevilla; Juan de Badajoz, de la de León, y Vallejo, de la de Burgos; y el mismo Juan Gil, que era peritísimo en su arte, comenzó en 1525 la *catedral de Segovia*. Por otra parte, Diego Siloe, casi al mismo tiempo (1528) da principio á la de *Mála-*

(1) *Viaje por España*.—Tomo XII.

(2) Puede verse la monografía de este interesante edificio, escrita por el Sr. D. Pedro de Marazao, en la *Colección de monumentos arquitectónicos de España*, 7.º cuaderno.

(3) *Viaje por España*.—Tomo XII.

ga, atribuida con error por algunos á Juan Bautista de Toledo; Machuca construye (1526) el *palacio de Carlos V en Granada*, con su grandioso atrio circular y sus galerías dóricas y jónicas, con los correspondientes arquite- ras al estilo griego; Diego Riaño (1530) la magnífica *sala capitular de la catedral de Sevilla*, acreditando en el mismo edificio ser tan competente en el estilo grecorromano como en los gótico y plateresco; y por último, Alonso de Covarrubias se manifiesta ya muy parco de ornamentación en el *Alcázar de Toledo* (1537), y Francisco de Villalpando, al trazar la magnífica y sun- tuosa escalera de tan soberbio edificio, nos demuestra que no en vano mi- dió y copió por sí mismo las mejores obras de los romanos, y al traducir los escritos de Serlio, si prestaba con ello un servicio á los que en nuestro país trataban de imitarlas, se hacia el más firme propagandista de la nueva arquitectura, que asentó ya sobre firmes bases el trazador del Escorial (1563), Juan Bautista de Toledo, arquitecto en Nápoles de los Virreyes es- pañoles, que la había practicado en Italia, así como el célebre Juan de Herrera, quien al proyectar y dirigir la iglesia del citado monumento, supo transformar aquélla, haciéndola severa é imponente, cual correspondía á la austera y poderosa corte de Felipe II.

Veamos ahora los caracteres que distinguen á nuestro estilo plateresco. Tiene, por de pronto, originalidad, á diferencia de la arquitectura del Re- nacimiento en los demás países, que se limitó á reproducir servilmente los edificios de la antigüedad romana, que el estudio de sus ruinas les iba ha- ciendo conocer; pues si bien algunos, entre ellos el erudito D. Antonio Ponz, creen que la ornamentación característica en este estilo fué sugerida por las pinturas de las termas de Tito, no anda en esto muy exacto, por haberse dichas termas descubierto en 1514, es decir, más de 30 años des- pués que Egas había edificado el Colegio de Santa Cruz. Tal vez al volver á España Berruguete (1520) pudo ejercer influencia el recuerdo de las ter- mas, en que Rafael se inspiró para sus conocidas *loggie*, y se ve, en efecto, que en los edificios por aquél y sus imitadores construídos, se mezclan ge- nios alados, sirenas, querubines, esclavos, salvajes y grupos de niños á los caprichosos follajes, frutas y otros adornos exclusivamente del reino vege- tal, que constituían el adorno en los primeros edificios de este estilo. De suerte, que pudo el plateresco tomar algunas líneas generales del Renaci- miento italiano, aguzar á la manera gótica sus frontones, conservar la oji- va cuando le parecía, cubrir los frisos y pilastras con arabescos de marca- do sabor oriental; en una palabra, escoger lo que mejor creía de cada una de las civilizaciones que le rodeaban, pero conservando siempre su libertad é independencia; sin sufrir imposiciones ni mandatos, como tampoco las aguantaba el pueblo español, que no obedecía, sino que mandaba; que no recibía leyes, antes bien las dictaba al mundo entero, y que, según la feliz

expresión del poeta (1), sabía hacer «frenos para sus caballos con los cetros extranjeros». Es lujoso y espléndido como la sociedad en que vivía, confiando más, para hacer su efecto, en la gracia y perfección de sus menudas y delicadas labores, en el primor y mérito de sus tallas y esculturas, que en la disposición de sus masas y en el mecanismo de la construcción; así que, como dice oportunamente Caveda (2), «en la ornamentación es un »brillante juguete, en el arte de construir un conjunto fantástico de diversas »escuelas». Fiero y orgulloso de su origen, se resiste á salir de su primitiva patria y apenas se conocen fuera de España, de estilo parecido al suyo, más que la *Cartuja de Pavia* y la *portada del palacio Stanga* en Cremona, hoy transportada al Louvre por el sabio Director de este Museo, Sr. Reiset. Y, por último, de corta, pero exuberante vida, como todas las esperanzas muertas en flor, si nos dió la pena de su prematura desaparición, no nos dejó, en cambio, el amargo recuerdo de la decadencia y locos extravíos con que terminaron la mayor parte de los géneros de arquitectura.

De lo que acabamos de decir, dedúcese, desde luego, que la escultura, por los últimos años del siglo xv y primeros del xvi, hallábase muy adelantada en nuestra patria, cosa, en verdad, nada extraña, pues los primores del estilo gótico, así en el interior como en el exterior de los templos, exigían no poca habilidad en sus autores, según demuestran las obras de Pablo Ortiz, Juan Guas y Anequin Egas en Toledo; Macías Carpintero y Felipe Vigarni en Valladolid; Juan de Colonia y Gil de Siloe en Burgos; Miguel Florentín en Sevilla; Juan Morlanes en Zaragoza; Damián Forment en Huesca, y mil otros que pudiéramos citar; pero vino á hacerla seguir un nuevo rumbo el célebre Alonso de Berruguete, discípulo aventajado de Miguel Ángel y, como él, pintor, escultor y arquitecto. Á su vuelta de Italia, la corrección del dibujo, su varonil y nerviosa elegancia, la perfecta anatomía de que hace poderoso alarde y su práctica en los procedimientos de la pintura al óleo, entonces en España imperfectamente conocida, le hicieron adquirir un crédito y autoridad considerables y una reputación á que no había llegado ninguno de los maestros anteriores; así como su elevado estilo, robusto á la vez que de una ejecución delicada, le hace considerar como el primer artista del Renacimiento español y atribuirle, aunque no sean suyas, las mejores obras platerescas de que se enorgullece nuestro suelo. Llamado por Carlos V y nombrado su pintor y escultor, así como su *ayuda de cámara y escribano del crimen* de la Chancillería de Valladolid, pronto se le confiaron importantes trabajos en el *Alcázar de Madrid*, igualmente que en el *palacio* que se construía en *Granada*, inmediato á la

(1) Bernardo García, *Oda al 2 de Mayo*.

(2) Don José Caveda, *Ensayo histórico sobre la arquitectura española*. Pág. 452. Madrid, 1848.

Alhambra, reclamando también su presencia, además de Valladolid, de que después hablaremos, D. Alonso de Fonseca para el *Colegio del Arzobispo*, que levantaba en Salamanca; Zaragoza para la tumba del *Vicecanciller de Aragón*, en la iglesia de Santa Engracia; Palencia y Cuenca para su *Catedral*; Medina del Campo, para su *Colegiata*; Paredes de Nava, su villa natal, para el *retablo de la iglesia de Santa Eulalia*; Ventosa, de la cual compró el Señorío, le pedía el *altar de San Miguel*; Alcalá de Henares, le hacía decorar el *palacio Arzobispal*, y por último, Toledo, además de otras muchas obras, le encarga, en unión de Felipe de Borgoña, de adornar con mármoles y esculturas la *sillería del coro de la Catedral*, trabajo, al decir de Ponz (1), «que es admiración de los inteligentes», correspondiendo á nuestro Alonso las 35 sillas del lado de la epístola, así como el magnífico grupo de mármol que representa la *Transfiguración del Señor*, colocado sobre la silla arzobispal, y que, según el escritor citado, «coronó de gloria á su autor».

Siguió en importancia al ilustre castellano el célebre Gaspar Becerra, educado, como él, en Italia, probablemente también con Miguel Ángel, y profesando, á la vez que la pintura, la escultura, no ignorando tampoco la arquitectura, que conocía lo bastante para proyectar la que necesitaba en sus retablos. Pintó elegantes figuras y preciosos arabescos en las galerías del antiguo *Alcázar de Madrid*; pero que todas perecieron en un incendio, desgracia que parece le persiguió, pues otra de sus mejores obras, el famoso *retablo de las Descalzas Reales*, hecho por encargo de la infanta Doña María, hermana de Felipe II, sufrió hace pocos años la misma triste suerte. Su obra capital fué *la Soledad*, hoy en la *Colegiata de San Isidro de Madrid*, y que por mandato de la reina Isabel de Valois hizo para el Convento de Mínimos, llamado de la Victoria. Cuenta Fr. Antonio de los Ríos, que resistiéndose á su cincel, por tres veces empezó Becerra esta imagen y otras tantas la dejó desalentado, hasta que en sueños se le apareció la Virgen, ordenándole tallase un tronco que estaba en la chimenea, y obedeciendo el mandato, sacó de allí un verdadero prodigio del arte, lleno del más ardiente y fervoroso misticismo. El último trabajo de importancia que ejecutó fué *el retablo de la catedral de Astorga* (1569), adornado de bajos relieves y estatuas, hechas todas de su mano, en las que demostró profundos conocimientos de anatomía y cumplió tan á satisfacción su cometido, que el Cabildo le regaló 3.000 ducados más de los 30.000 en que fué ajustado, haciéndole asimismo donación de una plaza de *escribano*, que Becerra vendió en 8.000 ducados (2).

(Se continuará.)

(1) *Viaje por España*.—Tomo I. Año 1793.

(2) *Museo español de antigüedades*.—Tomo V. Pág. 536. Madrid, 1875.